

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y ÉTICA, ¿DÓNDE COLOCAMOS LA DIGNIDAD HUMANA?

María Amparo Alonso Escobar

Fuente original

Misiones Extranjeras. Revista de Misionología, nº 317, abril-junio 2026,
Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME), pp. 85-93.
ISSN 0211-2582.

Este PDF contiene exclusivamente el artículo de la autora, extraído de la publicación original. Se mantiene la maquetación y paginación de la revista y se identifica la fuente editorial para facilitar su correcta atribución. La publicación completa pertenece al IEME.

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y ÉTICA, ¿DÓNDE COLOCAMOS LA DIGNIDAD HUMANA?

María Amparo Alonso Escobar¹

1. LA IA YA FORMA PARTE DE LA VIDA COTIDIANA, AUNQUE NO PARA TODAS LAS PERSONAS POR IGUAL

En los últimos meses, hemos escuchado frases como «la inteligencia artificial será la tecnología más importante de la historia del planeta», o «la IA está transformando el mundo a pasos agigantados», y la verdad es que no se trata de ignorar lo evidente, como ya ha afirmado, Sundar Pichai, CEO de Google, en una entrevista televisiva: “*La inteligencia artificial es la tecnología más profunda, en la que está trabajando la humanidad. Más profunda que el fuego, la electricidad, o cualquier otra cosa que hayamos hecho en el pasado*” (Nolan, 2023). Sin embargo, reconocer

¹ María Amparo Alonso Escobar, es asesora internacional para la ética de la IA. Fundadora y CEO de EAiD, Ethical Artificial Intelligence for Human Development SL, iniciativa de impacto social dedicada a promover y aplicar una gobernanza e implantación ética y responsable de la inteligencia artificial en la educación o la salud. En su trayectoria profesional, fue coadministradora general de Cáritas Internationalis por nombramiento del Papa Francisco, y directora de CI para Naciones Unidas, y actualmente acompaña, junto a su equipo, a instituciones sociales, educativas y religiosas en procesos de alfabetización e integración crítica y ética de la IA.

su impacto potencial no significa normalizar que se transforme en una suerte de “artefacto o cacharrería” sin dueño, ética, ni control.

De hecho, la cuestión clave ya no será si podremos, o no, construir inteligencia artificial, porque todo indica que sí podemos hacerlo, especialmente en esa trilogía tecnológica formada por Estados Unidos, China y Europa, sino en qué tipo de poder se está convirtiendo. Porque, en realidad, ya no deberíamos hablar únicamente de tecnología, sino del tipo de humanidad que queremos colocar en el centro de esta transformación. Como recuerda *Magnifica Humanitas*, estamos llamados a “*poner al ser humano en el centro de nuestras decisiones*” (León XIV, 2026, n. 16).

Y esta preocupación no es únicamente ética, también forma parte del lenguaje universal de los derechos humanos. El artículo 27 de la Declaración Universal de Derechos Humanos (Naciones Unidas, 1948) y el artículo 15.1.b del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (Naciones Unidas, 1966) reconocen que toda persona tiene derecho a participar en el progreso científico y a disfrutar de sus beneficios. Pero entonces surgen unas primeras preguntas: ¿quién se beneficia hoy realmente del progreso científico? ¿A quién deja fuera? ¿Quién asume la responsabilidad de sus consecuencias? ¿Y quién termina pagando el precio de la emergencia de la inteligencia artificial?

A partir de ahí nacen algunos de los grandes desafíos éticos de nuestro tiempo. Por ejemplo, si esta transformación tecnológica será realmente accesible para todas las personas, en igualdad de condiciones, o si agravará aún más las desigualdades ya existentes. En cada una de estas preguntas encontramos respuestas todavía inciertas y, muchas veces, incómodas. Pero quizá sí podamos extraer una primera idea, sin ética, la inteligencia artificial corre el riesgo de convertirse en un poder prácticamente ciego.

2. INCLUSIÓN Y DATOS INVISIBLES

Existen hoy numerosos marcos, recomendaciones y principios éticos sobre inteligencia artificial impulsados por gobiernos, universidades, y organizaciones internacionales. Sin embargo, merece la pena detenerse especialmente en algunos principios que el Vaticano ha venido subrayando en los últimos años, tanto a través de la *Rome Call for ethical AI* (Pontifical Academy for Life, 2020), o *Antiqua et Nova* (Dicastero para la Doctrina de la Fe y Dicastero para la Cultura y la Educación, 2025), como recientemente en la Encíclica *Magnifica Humanitas*, poniendo un énfasis particular en la dignidad humana, la inclusión, la responsabilidad y el discernimiento ético frente al desarrollo tecnológico.

Quisiera ahondar en algunos de estos desafíos éticos, resaltando principios que considero relevantes, y donde todas esas organizaciones o entidades, coinci-

den, comenzando por el **principio de inclusión**, de la *Rome Call for AI Ethics*. Este principio señala que los sistemas de inteligencia artificial deben reflejar a todas las personas, garantizando que todas puedan beneficiarse de los avances tecnológicos y evitando que los grupos más vulnerables queden excluidos.

Pero, ¿cómo se garantiza esa inclusión? Una primera manera consiste en asegurar que esos colectivos estén, de alguna manera, representados. Y en el mundo de la inteligencia artificial, esa representación se produce fundamentalmente a partir de los datos.

Sí, todo sistema de IA comienza con el dato, no por el algoritmo.

Los datos son los que permiten entrenar los modelos, identificar patrones y generar respuestas o predicciones. Pero cuando determinados contextos, culturas, idiomas o realidades sociales no aparecen representados en esos datos, el mayor riesgo es que la inteligencia artificial pueda terminar reproduciendo invisibilidades, desigualdades o sesgos ya existentes. Como un “copia y pega” de la realidad. En otras palabras, quienes ya eran invisibles en el mundo real, pueden seguir siendo invisibles para la inteligencia artificial.

Por eso, la cuestión no es únicamente tecnológica. También es profundamente humana, social, política. Quien no está presente en los datos, difícilmente estará presente en las decisiones, en las respuestas, o en las oportunidades que esos sistemas generan o pudieran generar.

Los datos son la materia prima sobre la que los sistemas de inteligencia artificial aprenden a reconocer patrones. En el caso los modelos predictivos, de aprendizaje automático o profundo, a partir del dato, se reconocen estos patrones, y se pueden tomar, por ej., mejores decisiones, en el campo bancario, sanitario, o la automoción. En el caso de la IA generativa, genera respuestas, canciones, textos, videos, o código, a partir de datos, y su entrenamiento, y afinando, nos lleva a esa “nueva producción”. Esto nos enfrenta a la cuestión de la propiedad intelectual. Dónde y quién tiene los derechos sobre el contenido generado, si agregamos este principio de inclusión, plantea a otro reto ético. Si determinados colectivos, culturas, lenguas o contextos apenas aparecen en esos datos, la IA tenderá a ignorarlos, malinterpretarlos o representarlos de forma distorsionada. Lo cual provoca sesgos culturales, sociales, incluso discriminatorios. Por esto, la inclusión no depende únicamente de quién diseña la tecnología, sino también de quién está presente en los conjuntos de datos que alimentan esos sistemas.

El informe *Digital Economy Report 2024* (UNCTAD, 2024) advierte que la infraestructura, la producción y gran parte del valor económico asociado a la economía digital continúan concentrándose principalmente en economías desarrolladas y en determinadas regiones de Asia, mientras muchos países en desarrollo participan de forma mucho más limitada en estas cadenas tecnológicas globales. Y esto disminuye

la capacidad de las realidades del Sur Global de ser comprendidas, representadas o beneficiarse plenamente de estos sistemas. Porque la inteligencia artificial no solo aprende de datos, aprende también de las prioridades, las inversiones, las desigualdades, y las relaciones de poder que existen detrás de ellos. Los datos, por tanto, no son neutros.

Muchas comunidades ya viven afectadas por la pobreza, el hambre, los conflictos armados, el desplazamiento forzado, las crisis climáticas o la falta de acceso a educación y servicios básicos. Sobre esas desigualdades previas, la expansión de la inteligencia artificial puede generar nuevas formas de exclusión. Fomenta la exclusión allí donde las lenguas locales, ricas en diversidad y conocimiento, no están digitalizadas, ese saber hacer local, esa manera local de cultivar, esas comunidades rurales que continúan trabajando la tierra a través de saberes agrícolas ancestrales adaptados al clima, al territorio y a la vida comunitaria. Porque ese conocimiento apenas aparece en los conjuntos de datos, por tanto, todas esas realidades quedan prácticamente invisibles para los sistemas de IA. Por lo que millones de personas corren el riesgo de no ser reconocidas, comprendidas, ni adecuadamente representadas, en tecnologías que cada vez influyen más en el acceso a la información, a los microcréditos, a la educación, la salud, a la agricultura, o las oportunidades de desarrollo.

3. ¿QUÉ SIGNIFICA ESTO PARA LA MISIÓN?

Muchas de esas personas concretas que hoy no están, o están menos representadas en los datos globales, ya interactúan diariamente con sistemas de inteligencia artificial, muchas veces sin saberlo, a través de sus teléfonos móviles, redes sociales, motores de búsqueda, plataformas de vídeo o aplicaciones de mensajería. Según la GSMA, alrededor del 70 % de la población mundial ya utiliza servicios móviles, y el acceso al internet móvil continúa creciendo con rapidez, especialmente en regiones del Sur Global (GSMA, 2026). Recientemente he visitado Ghana, donde las conexiones móviles activas superan el total de la población, con una penetración superior al 110 % (Ghana Data Reportal, 2026), mostrando hasta qué punto el teléfono móvil se ha convertido en parte central de la vida cotidiana, incluso en contextos donde persisten importantes carencias básicas, como, por ejemplo, no poder beber agua potable directamente del grifo.

Esta realidad nos lleva directamente a otros dos principios éticos muy importantes, **la privacidad y la transparencia**. En algunos de estos viajes por el mundo, he podido observar cómo las personas otorgan total autoridad a lo que aparece en la pantalla del móvil, asumiendo que “si lo dice el teléfono, debe ser verdad”. ¿Entonces nunca miente?, he ahí la cuestión. Los sistemas de IA pueden equivocarse, inventar información, reforzar prejuicios o manipular emociones. Cuando no existe alfabetización digital ni se coloca en el centro de interés el pensamiento crítico, el riesgo no

es solo la desinformación, la exposición a los fakes, los *deepfakes*, la clonación de voces, los contenidos nocivos, sino también la pérdida de autonomía personal, y la exposición de datos privados sin un consentimiento realmente consciente. De ahí, el tercer principio ético de la privacidad, que, de hecho, también es un derecho.

La Declaración Universal de Derechos Humanos (Naciones Unidas, 1948) y el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos (Naciones Unidas, 1966), nos recuerdan el derecho a la privacidad, incluida la protección contra “injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia” (Naciones Unidas, 1948, art. 12; Naciones Unidas, 1966, art. 17). Este derecho tiene hoy una enorme relevancia en el ámbito de la inteligencia artificial, especialmente en aplicaciones cada vez más extendidas, y usadas, como el reconocimiento facial, la vigilancia masiva, la elaboración de perfiles algorítmicos, o el tratamiento automatizado de información personal.

Aunque todo esto pudiera sonar lejano, ajeno o intrascendente, imaginemos una comunidad remota que lucha pacíficamente por sus derechos para observar las graves consecuencias posibles. En contextos donde, precisamente por esa defensa, activistas y defensores de derechos humanos son perseguidos o encarcelados, con tecnologías de reconocimiento facial integradas en cámaras de video vigilancia (CCTV), estas mismas personas, ya vulnerables, pueden ser fácilmente identificadas, localizadas, detenidas. Y, en algunos contextos, incluso, asesinadas.

No se trata de una ficción, de un cuento. La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos ha advertido que determinadas herramientas de vigilancia basadas en inteligencia artificial pueden facilitar violaciones graves de derechos humanos, incluyendo la vigilancia arbitraria, la discriminación, la persecución de minorías y la restricción de libertades fundamentales (OHCHR, 2021). Naciones Unidas también ha documentado preocupaciones relacionadas con tecnologías de vigilancia digital y reconocimiento facial en contextos como, por ejemplo, la región china de Xinjiang respecto a la población uigur, así como en otros contextos de alta tensión política y social (OHCHR, 2022).

Por eso, acompañar a las personas más vulnerables, quienes llegan a la misión, a la comunidad o a la parroquia, desde cualquier rincón del planeta, implica también la responsabilidad de comprender la tecnología que tenemos entre manos. Hoy, acompañar no significa únicamente responder a las necesidades materiales o espirituales, que, por supuesto, es necesario, y prioritario, sino también ayudar a desenvolverse críticamente en un entorno digital cada vez más complejo.

No se trata de entender programación, ni convertirnos en desarrolladores, sino de comprender qué son, y cómo funcionan los sistemas de inteligencia artificial, antes de usarlos. A esto, éticamente, lo llamamos **“transparencia”**, porque un uso responsable y crítico de estas tecnologías nos coloca en el centro, no a su “vera”. Y si estamos en el centro, podemos exigir una **rendición de cuentas, (otro gran principio ético)**,

cuando fallan, que lo hacen, y pedir explicaciones a quienes diseñan, e implementan sistemas de IA, sobre todo, cuando estos afectan la dignidad, los derechos humanos, o la vida de las personas. Y sobre justicia social, las misiones son expertas.

4. EVANGELIZACIÓN Y DISCERNIMIENTO: ¿PUEDE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL AYUDAR A LA EVANGELIZACIÓN?

La IA generativa, una de las tecnologías más democratizadas, puede ayudarnos a comunicar, traducir, organizar o generar contenidos, pero no sustituye el testimonio humano, la escucha, la compasión ni el acompañamiento pastoral. Porque evangelizar no consiste únicamente en transmitir información, sino en generar encuentro, empatía, sentido y comunidad. Y eso sigue siendo profundamente humano e insustituible. En esta línea, el Papa León XIV recuerda en “*Magnifica Humanitas*” la importancia de preservar la reciprocidad humana y el encuentro auténtico frente a una creciente mediación tecnológica (Leo XIV, n 15., 2026).

En todos los talleres que facilitamos alrededor del mundo insistimos en una idea sencilla: cada nueva herramienta implica una decisión. La decisión de usarla o no, y también cuándo utilizarla. Se trata de discernir, por ejemplo, si quiero usar la IA para escribir una homilía, o si prefiero hacerlo personalmente; o si quiero llamar a quienes son músicos de la aldea vecina para que creen una canción, o utilizar una herramienta de IA generativa para producirla. Habrá momentos en los que estas tecnologías puedan ser útiles, y otros en los que primen la cercanía y la conexión humana, como en el primer caso; o la creatividad, confianza y emoción, como en el segundo.

También existen ejemplos positivos. En el trabajo con comunidades alejadas y con idiomas locales, la IA puede ayudar a adaptar contenidos y llegar mejor a determinadas aldeas o comunidades, (siempre cuidando que la información utilizada no sea confidencial ni vulnere la privacidad de las personas y, por supuesto, verificando siempre los contenidos generados).

Existen igualmente nuevas herramientas que algunas entidades estamos empeñadas en desarrollar y que, bajo marcos éticos y pedagógicos, buscan marcar una diferencia en el ámbito pedagógico, porque pretenden responder primero a un problema educativo real, y no únicamente a un modelo de negocio. De ello hablaremos en otro espacio.

Otras experiencias de uso en la misión muestran también la necesidad de prudencia. Si, por ejemplo, tenemos un proyecto y queremos mejorarlo con IA generativa, el primer paso no debería ser introducirlo directamente en cualquier LLM, como ChatGPT o Copilot, de forma abierta y sin comprender las implicaciones, esperando que esa “caja mágica” nos entregue automáticamente la respuesta correcta. Colocarnos en el centro significa querer comprender primero el contexto, la necesidad real,

el porqué, el dónde, el cuándo y el con quién. Solo entonces la IA puede llegar a convertirse en un buen copiloto.

Es verdad que estas herramientas pueden producir propuestas muy convincentes y bien redactadas y, precisamente por eso, pueden tentarnos a copiar y pegar sin reflexionar. Pero el pensamiento crítico debe permanecer siempre en primer lugar, porque quien no sabe cuestionar, tampoco sabe utilizar la IA de manera verdaderamente crítica.

En este sentido, Magnífica Humanitas insiste en la necesidad de preservar la capacidad humana de discernimiento frente a sistemas que pueden influir en la percepción, la decisión y la conciencia (León XIV, 2026, nn. 6 y 22).

5. NO OLVIDAR AQUELLO QUE NOS HUMANIZA

Colocar a las personas misioneras en el centro significa precisamente mantener esa capacidad crítica. Significa estar al día de lo nuevo, sí, pero también saber defender la dignidad, ante todo, cuando competencias humanas esenciales como la empatía, la confianza, el pensamiento crítico o el acompañamiento cercano, están en juego. Y ciertamente, lo están si no prestamos atención.

Las aplicaciones cambiarán, evolucionarán y serán sustituidas unas por otras, pero las personas deben poder elegir, usarlas de manera responsable, y también descartar aquello que no ayude realmente a crecer, desarrollarse y vivir con dignidad. E igualmente, usar algunas de ellas, cuando sean un soporte práctico, para el trabajo cotidiano, desde ese uso crítico y responsable.

La misión no puede quedarse al margen de esta transformación tecnológica, porque allí donde está el ser humano, allí también deben estar la reflexión ética, el discernimiento y el acompañamiento. La inteligencia artificial seguirá avanzando, y probablemente lo hará más rápido de lo que somos capaces de comprender. Pero precisamente por eso, hoy más que nunca, necesitamos esas misiones capaces de educar en el pensamiento crítico, proteger la dignidad humana, acompañar con cercanía y recordar que no todo lo técnicamente posible es humanamente deseable. Y Magnífica Humanitas lo dice claro, *“Todos necesitamos formarnos para vivir en el mundo digital de manera humana, como parte integrante de la educación en la fe y en la vida virtuosa del Evangelio. Debemos educarnos para considerar el mundo digital como un nuevo continente por evangelizar, que requiere misioneros generosos y maduros en la fe”* (León XIV, n. 238, 2026).

Si la inteligencia artificial amplía la brecha, o perpetúa la vulnerabilidad de quienes ya están excluidos, entonces quizá no estemos hablando de verdadero progreso, sino de un retroceso tecnológico disfrazado de innovación.

La Iglesia tiene una oportunidad histórica, acompañar este cambio tecnológico colocando en primer plano la dignidad humana, la justicia social y el cuidado de la persona. En esta línea, también *Magnifica Humanitas* insiste en que el desarrollo tecnológico debe permanecer orientado al bien común, a la justicia y al cuidado de los más vulnerables (León XIV, 2026, n. 129). Porque evangelizar también significa ayudar a discernir qué tipo de humanidad queremos construir.

La tecnología puede ayudarnos a comunicarnos, traducir, aprender o acercar contenidos a lugares remotos. Pero ninguna inteligencia artificial puede sustituir la mirada humana, la compasión, la escucha, el amor, ni la capacidad de caminar junto a otras personas. Y quizá ese sea el gran desafío de nuestro tiempo, asegurar que, en medio de tanta innovación, no olvidemos nunca lo esencialmente humano. Y como recuerda *Magnifica Humanitas*, “la calidad de una civilización se mide no por el poder de sus medios, sino por el cuidado que sabe ofrecer, por la capacidad de reconocer un rostro en el otro y no una función” (León XIV, 2026, n. 114).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). (2024). *Digital Economy Report 2024: Shaping an environmentally sustainable and inclusive digital future*. Naciones Unidas. <https://unctad.org/publication/digital-economy-report-2024>
- DataReportal (2026). *Digital 2026: Ghana*. <https://datareportal.com/reports/digital-2026-ghana>
- Dicasterio para la Doctrina de la Fe y Dicasterio para la Cultura y la Educación (2025). *Antiqua et nova: Nota sobre la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana*. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_ddf_doc_20250128_antiqua-et-nova_sp.html
- GSMA Intelligence (2026). *The Mobile Economy 2026*. GSMA. <https://www.gsmainelligence.com/research/the-mobile-economy-2026>
- Leo XIV (2026). *Magnifica Humanitas: On preserving the human person in the age of artificial intelligence*. Vatican Press. https://www.vatican.va/content/leo_xiv/es/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html
- Naciones Unidas (1948). *Declaración Universal de Derechos Humanos*. <https://www.un.org/es/about-us/universal-declaration-of-human-rights>
- Naciones Unidas (1966). *Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales*. Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Dere-

- chos Humanos. <https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/international-covenant-economic-social-and-cultural-rights>
- Naciones Unidas (1948). *Declaración Universal de Derechos Humanos*. <https://www.un.org/es/about-us/universal-declaration-of-human-rights>
- Naciones Unidas (1966). *Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos*. Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. <https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/international-covenant-civil-and-political-rights>
- Nolan B. (2023, 17 de abril). Sundar Pichai says AI technology could be more profound than fire or electricity. *Business Insider*. Disponible en <https://www.businessinsider.com/sundar-pichai-google-ai-bard-profound-tech-human-history-2023-4> o <https://www.bbc.com/mundo/noticias-57809469>
- Office of the United Nations High Commissioner for Human Rights. (2022). *Assessment of human rights concerns in the Xinjiang Uyghur Autonomous Region, People's Republic of China*. United Nations. <https://www.ohchr.org/en/documents/country-reports/ohchr-assessment-human-rights-concerns-xinjiang-uyghur>
- Pontifical Academy for Life (2020). *Rome Call for AI Ethics*. Vatican. https://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_academies/acdlife/documents/rc_pont-acd_life_doc_20202228_rome-call-for-ai-ethics_en.pdf
- United Nations Human Rights Office of the High Commissioner (2021). *The right to privacy in the digital age: Report of the United Nations High Commissioner for Human Rights*. United Nations. <https://www.ohchr.org/en/documents/thematic-reports/ahrc4855-right-privacy-digital-age>
- United Nations Human Rights Council. (2024). *Situation of human rights in the Islamic Republic of Iran*. United Nations. <https://www.ohchr.org>